



Reseña

Adolfo Prieto. *Conocimiento de la Argentina. Estudios literarios reunidos*. Rosario: Editorial Municipal de Rosario, 2015.

Historia literaria y tradición nacional: a propósito de Adolfo Prieto, *Conocimiento de la Argentina. Estudios literarios reunidos*

Nora Catelli¹

Pueden describirse las diversas formas de historia literaria que Adolfo Prieto practicó, escribió, editó y enseñó como una biblioteca canónica y a la vez imprevisible. El cometido, con sus alcances y rupturas, está en el título de este volumen de ensayos reunidos (*Conocimiento de la Argentina*), que reúne gran parte de los escritos que Prieto no reunió en libros, organizados ahora por Nora Avaro en diversos apartados que van desde 1952 a 2005.

Prieto había pensado el título mucho tiempo antes, en 1968, dos años después del golpe de Onganía. Como tantos otros, había renunciado a su cátedra y, ya fuera de la Universidad Nacional del Litoral (de la sede de Rosario) lo había concebido para una colección de la editorial Constancio C. Vigil, como se reseña en el exhaustivo y magnífico prólogo de Avaro que abre el libro, "Pasos de un peregrino. Biografía intelectual de Adolfo Prieto". No es una innovación menor que Avaro proponga de Prieto una biografía intelectual, género que, junto con el retorno de la historia literaria, va adquiriendo una presencia cada vez más visible en nuestras prácticas críticas.

Conocimiento de la Argentina: alojado en ese genitivo que expone gramaticalmente, a la vez, la posibilidad de un país que conozca y de un país que se debe conocer, está el diseño

¹ **Nora Catelli** nació en Rosario en 1946. Se recibió de profesora de Letras en la UNR en 1971. Fue docente de esa universidad hasta noviembre de 1975. En 1976 llegó a Barcelona, donde reside. Escritora y crítica literaria. Profesora titular de teoría literaria y literatura comparada en la Universidad de Barcelona. Es autora de los libros: *El tabaco que fumaba Plinio. La escena de la traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros* (en colaboración con Marieta Gargatagli; Serbal, 1998), *Testimonios tangibles: pasión y extinción de la lectura en la narrativa moderna* (2001, XXIX Premio Anagrama del Ensayo), "Literatura y literariedad", en AA.VV, *Teoría literaria y literatura comparada* (Ariel, 2005) y *En la era de la intimidad* (Beatriz Viterbo Editora, 2007). En 2015 publicó en Madrid su último ensayo: *Juan Benet. Guerra y literatura* (libros de la resistencia).

completo que Prieto desarrolló. Ese diseño muestra, en apariencia, un conjunto de recursos –documentales, sociológicos, históricos, críticos– que parecen atemperar, en una generación dada a las rupturas, las estridencias de *Contorno* y los sobresaltos institucionales que fueron, más allá de su voluntad, su destino. La estridencia no era su tono, ni acusó nunca la tentación de las fulgurantes oposiciones, binarias o asimétricas, conceptuales o retóricas, de la teoría literaria o la crítica formal, hasta llegar a la deconstrucción. A pesar de ese talante mesurado, como señaló Beatriz Sarlo hace unos meses en la presentación del volumen, Prieto fue, de todos los miembros de ese grupo, el único que se enfrentó a Borges en *Borges y la nueva generación* (1954); a Borges, la bestia más temida, incluso entonces, cuando no había alcanzado todavía el consenso crítico que hasta hoy no se ha roto².

Existen dos tentaciones explicables cuando se comenta un conjunto de escritos de distintos orígenes, que abarcan, además, decenas de años; escritos que en su mayoría circularon de manera discreta, en boletines, en prólogos, en revistas especializadas, muchas veces de provincia. La primera es la de la interpretación unificadora; la segunda es la de un comentario pormenorizado del repertorio, tratando de dibujar líneas variadas o adivinando fracturas. Las dos son necesarias; la tercera tentación, menos lógica, es la de abandonarse a las sorpresas de una conversación que no desmaya nunca en su intento de mantener abierto un espacio convivial, aun cuando las situaciones fuesen adversas o las olas teóricas hostiles arrinconasen a Prieto bajo el rótulo simplificador de positivista. Prieto mantuvo esa interlocución a través de un estilo, de una frase, de un modo de presentación del pensar que hace de dos figuras del pensamiento –la alusión y la ironía– instrumentos velados pero firmes de diálogo atento e infatigable con su propia comunidad de lectores: los historiadores y críticos de literatura, con todas sus divisiones sucesivas, ideológicas y programáticas.

² <https://www.youtube.com/watch?v=WD3-gh5MxWY>. 24 oct. 2015. Subido por Editorial Municipal de Rosario. En el mismo acto, en el que también participaron Nora Avaro y María Teresa Gramuglio, esta última leyó “En la presentación de *Conocimiento de la Argentina* de Adolfo Prieto. Persistencia y fracturas de una trayectoria intelectual”. Muchas de las ideas de mi nota, en especial en lo que se refiere a las formas atenuadas de las intervenciones de Prieto, salen directamente de observaciones de las integrantes de la mesa. De Gramuglio, en especial, la siguiente: “que la relación de Prieto con la teoría literaria es un tema que merecería ser interrogado en el contexto de la recepción de las teorías críticas en el ámbito intelectual latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX, atravesado en buena parte por las tensiones sintetizadas en la fórmula ‘entre la pluma y el fusil’”.

Comunidad y diálogo

Ese sentimiento de comunidad –universitaria y, si se quiere, minoritaria– no debería sorprender en alguien como Prieto, que se preguntó, casi desde el principio, por la cuestión del público y la del lector en la Argentina, una sociedad moderna, extrañamente nueva y plural en su composición demográfica pero, al mismo tiempo, como señala él, extremadamente cohesionada. En 1998, en *Punto de vista*, cuando esa cohesión, que se había visto sacudida durante la dictadura de 1976-83 y que ya en plena democracia el menemismo acabó por pulverizar, Prieto escribió:

Sabemos que nuestro país se constituyó como nación bajo el tutelaje del Estado. Fundamento jurídico y administrativo, el Estado consolidó las fronteras territoriales, impuso los símbolos nacionales, la moneda nacional; garantizó y prácticamente monopolizó por mucho tiempo la enseñanza pública, asegurando con ella la unidad de la lengua y la transmisión de una mitología vernácula; impulsó las políticas inmigratorias facilitando o al menos no entorpeciendo la integración de los nuevos pobladores; trazó los caminos; estableció el sistema de correos. Fue el gran proveedor de las imágenes de identificación del país y el proveedor indiscutido. De pronto, la consumación de los hechos que hubieran provocado incalculables reacciones hasta en la víspera misma de su consumación es aceptada en silencio o asordina por la indiferencia general. Constató, simplemente, las circunstancias, y me pregunto si los signos que las rodean no pueden ser indicadores también de una divisoria de aguas en un proceso, de un tornante histórico, de una cuenta que se pasa al futuro desde un presente anestesiado (520).

Este párrafo está al final de la revisión, en 1998, en *Punto de vista*, de uno de sus primeros trabajos con un sesgo investigador personal: “La literatura argentina y su público”, publicado en Santa Fe en 1958. Todo el texto de 1998, pero en especial su último tramo, es ejemplo de una prosa histórica que trabaja sobre el consenso; que es asertiva pero admite las matizaciones; que serenamente expone un conjunto de hechos que son también interpretaciones; que a esas interpretaciones les prevé refutaciones pero no impugnaciones totales. Además, según se advierte por el “también”, el párrafo enlaza con uno anterior, una “acotación” que contiene la primera advertencia acerca de “una divisoria” de aguas, un “tornante histórico”: la del menemismo fue la segunda. La primera, señala Prieto, tuvo lugar veinte años atrás:

Hace veinte años [...] murió en un enfrentamiento el poeta Francisco Urondo [...] Recuerdo el hecho no porque quiera rodearlo de una significación diferente al de millares de otros, sino porque este hecho nos permite traer a este mismo escenario, en una figura que fue de este ámbito, la memoria misma del horror, de

la impiedad y del odio que caracterizó el desarrollo de la llamada “guerra sucia” en el corazón de la década de los setenta. Ninguna situación de conflicto de la Argentina, en todo lo que va del siglo, generó la naturaleza de sus reacciones, ni alcanzó su número de víctimas, ni afectó al cuerpo de la sociedad en tantas direcciones. Como suma de comprobaciones: ¿una divisoria de aguas en proceso? ¿un tornante histórico? ¿una cuenta que se pasa al futuro, anestesiando al presente? (520)³.

Una elección: continuidades o rupturas en la historia literaria

He señalado antes que la de Prieto es una prosa histórica que trabaja sobre el consenso pero, a la vez, serenamente expone un conjunto de hechos que son también interpretaciones; y que a esas interpretaciones les prevé refutaciones pero no impugnaciones totales. Hay que advertir que muchas veces destina sus finales a esa prevención. En 1996, cuando apareció *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, el último párrafo y la última nota de la Introducción están dedicadas a este recurso argumentativo:

Va de suyo que el orden en que se ofrecen los textos de los viajeros y el de sus declarados lectores argentinos, réplica del orden en que aquellos fueron escritos y leídos, implica, de hecho, la utilización de un movimiento narrativo y va de suyo que este movimiento, por vías insidiosas e imprevistas, puede infiltrar el gesto, el ademán, las expectativas de la ficción en el mecanismo de control de los materiales de estudio, enfatizando la percepción de la continuidad sobre las instancias de ruptura, fragmentación y dispersión que, eventualmente, la contradicen. Pero entre aceptar este movimiento o negarlo, en un simulacro de vaciamiento y fracturación que delegaría a los reflejos culturales del lector la tarea de reconstruirlo, nos decidimos por su vigilada aceptación (*Los viajeros* 23).

La nota que acompaña esta apología de la “vigilada aceptación” de la continuidad histórica de la serie tiene además un inesperado lado comparatista que me gustaría rescatar. De hecho, sirve para poner en relación, en los actuales retornos de la historia literaria –que sin duda acompañan cualquier manera del comparatismo– sesgos que son característicos del proceder académico en este campo y, hoy, en cualquier latitud. Los debates en torno del

³ Hay que mencionar que se trata de una época proclive a las recapitulaciones. En los mismos años en que Prieto se formula esta pregunta apareció, editado por Nicolás Rosa, *Políticas de la crítica. Historia de la crítica literaria en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999, que contaba con un extenso capítulo dedicado a Prieto: “La crítica sociológica en Adolfo Prieto”, de Marcela Croce. El capítulo se había cerrado, como señala la misma Croce, antes de la aparición de *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*. Sin duda, este libro hubiera suscitado, en el volumen de Rosa, alguna duda en cuanto a las definiciones de la obra de Prieto, sobre todo por su carácter fuertemente removedor de presunciones interpretativas e incluso intertextuales: *El matadero* convertido en un *patchwork*, por ejemplo.

carácter monográfico y acumulativo de la historia literaria no están clausurados. Y fue Prieto quien los esbozó en *Los viajeros ingleses...* en la nota 17 al párrafo anterior:

Como resolución a la ansiedad producida por las discusiones y aportes teóricos del posmodernismo sobre el uso de los modos narrativos, algunos ambiciosos proyectos de historias literarias han sido organizados ya, con prescindencia de esos modos, como enciclopedias, como repertorios desarticulados de temas, como espacios desjerarquizados, descentralizados, simultáneos. Para una revisión de algunas de estas experiencias, véase David Perkins, *Is Literary History Possible?* [...] Perkins puntualiza que los editores de uno de los proyectos (*Columbia Literary History of the United States*, 1987), un volumen que compila 66 ensayos de contribuidores diferentes, anuncia que no han hecho ningún esfuerzo para contar una sola historia con una narrativa coherente, porque ya no es más posible, o deseable, “formular una imagen de continuidad”, pero que los mismos editores recomiendan a los lectores encontrar continuidades, usando selectivamente los índices que complementan el volumen [...] (*Los viajeros* 25-26)⁴.

Las voces secretas de la historia

No siempre son los finales los que invitan a esas aperturas críticas, sino que hallamos sugerencias en medio de un panorama o breves conclusiones inesperadas en medio de un artículo. Como sucedió hace cuarenta años en aquel seminario sobre literatura argentina y peronismo en el CEFYL, cuyos detalles brinda Nora Avaro, ahora encuentro o adivino la promesa de un campo o de una investigación por venir en un apartado aparentemente lejanísimo de “El Paraná y su expresión literaria”: “La Guerra del Paraguay”. Tras señalar que la guerra contra el Paraguay sólo encontró un novelista argentino de “recursos moderadamente idóneos”, Manuel Gálvez, que inició su trilogía en 1928 con *Los caminos de la muerte*, Prieto señala que el Paraná, “vehículo natural de relación entre correntinos guaraníes y paraguayos guaraníes, se convirtió, al romperse un equilibrio aceptado durante siglos, en el revelador de la ambigüedad profunda y las tensiones en que se asentaba ese equilibrio”. Quien ahora emprenda el estudio de los relatos, las ficciones, los mapas y los archivos contrapuestos –uruguayos, brasileños, argentinos y paraguayos– de la Guerra del Guazú, a la pregunta actual de por qué en la Argentina la guerra de la Triple Alianza, la primera guerra cabalmente moderna y contra un enemigo “exterior” en la que participó nuestro país tuvo “un trámite espectacular en la superficie, aunque sus consecuencias, para el cuerpo

⁴ En nuestro medio, el *Diccionario de autores latinoamericanos* de César Aira (2001) y la *Breve historia de la literatura argentina* de Martín Prieto (2006) vendrían a situarse, irónica o beligerantemente, contra la dispersión.

social, fueran menos visibles en proporción” quizá se pueda empezar a responder, con Prieto, lo que él anticipó en 1973:

La novela de Gálvez ilustra, asimismo, sobre otros de los factores que incidieron en la impopularidad de esta guerra. La comunidad racial y cultural del guaraní, subyacente a las divisiones establecidas [desde la colonia] permanecía casi intacta frente a las divisiones de los [estados independientes]. Los jefes que en Corrientes aceptaron hacer cumplir las directivas del gobierno nacional sabían que muchos de sus subordinados eran hombres escindidos, tironeados, inciertos siempre frente al espectáculo de un río que tanto podía permitir ver la bandera del enemigo como allegar las voces secretas del hermano (126).

De esas anticipaciones se hace el diálogo futuro, que adivina en “las voces secretas” la posibilidad misma de que el “tornante histórico” de nuestras divisorias sociales encuentre los cauces de una sutura, al menos, en el campo del conocimiento, ese conocimiento de la Argentina que Prieto concibió como tarea intelectual. La biblioteca canónica aloja, siempre, la lectura imprevisible. La del archivo, la de las series paralelas, la de los instrumentos de las ciencias afines. Lo imprevisible, en Prieto, nunca es capricho. Quizá esa sea la lección del clásico.

Bibliografía

Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996.